

ESPAÑA Y PORTUGAL EN LA POESÍA Y EN LA HISTORIA

Por ANTONIO FERRO

P OESÍA e Historia parecen dos palabras opuestas, casi enemigas. La Poesía es el sueño, el imponderable, la definición de lo indefinido... La Historia es la realidad, la exactitud, la hipótesis a veces; pero siempre a través del documento. Mas ya Goethe, el luminoso Goethe, para quien la vida fué arte antes que nada, consiguió unir con evidente fraternidad, separadas por simple conjunción copulativa, estas dos palabras, que también parecen desafiarse, título de sus apasionantes memorias: *Poesía y Verdad*.

En la vida de un hombre como Goethe, que tenía como única preocupación en cada momento, como él mismo decía, enriquecer su alma, es difícil, a veces, efectivamente, establecer la frontera entre la Poesía y la Verdad. Porque la Poesía, en esas vidas que son poemas, es la única verdad; como la verdad casi siempre es Poesía.

Lo que pasa con ciertos hombres, o, si ustedes quieren, con ciertos hombres que han intentado ser dioses, pasa también con ciertos pueblos, con ciertas naciones. Hay pueblos realistas o, mejor dicho, materialistas, como hay pueblos religiosos, místicos o,

simplemente, poetas. En la vida de estos pueblos que nacieron, lucharon, crecieron, amaron por encima de sus necesidades materiales, más allá de sus propias fronteras, pero con una expansión espiritual, vertical, Historia y Poesía son, por decirlo así, hermanas gemelas, la línea del horizonte donde se confunden el cielo y el mar.

Y por eso me rebelo siempre contra los matemáticos de la Historia que niegan ciertos episodios poéticos que clasifican de legendarios, de puras invenciones. ¡Como si el alma de los pueblos no tuviese también su historia, la historia de la vida interior de esos pueblos, con sus complejos, sus ansiedades, digamos su poesía! Negar o eliminar esa historia del sueño y de la leyenda es eliminar el propio soplo creador de la vida, es negar o eliminar las causas profundas que hacen mover los hombres y producen los acontecimientos.

España y Portugal, precisamente, señoras y señores, son dos pueblos trovadores por excelencia, dos grandes poetas. No es de admirar, pues, que sus historias (que han sido, antes que nada, repito, escritas por sus pueblos) sean dos maravillosas aventuras, digamos dos ficciones de la propia realidad.

Comencemos por la Historia de España, por el romance de España. ¿No fué Covadonga, con su gigante Pelayo, en el albor de la raza, un extraordinario poema épico? ¿No ha habido algo de arrebatador, de fantástico, en esa pequeña mancha de Asturias que se fué poco a poco extendiendo, día a día, mes a mes, año a año, década a década, siglo a siglo, semejante a la formación del propio mundo, hasta ser España, la grande España? ¿Y qué decir de ese extraordinario presente del cielo que fué el cuerpo del Apóstol Santiago, raíz mística de la nación, que se transformó en el gran faro de la Cristiandad? ¿Y la existencia del Cid, de ese Don Rodrigo Díaz de Vivar, que no se llega a saber si inspiró un poema o ha salido de un poema; Cid Campeador, para quien las guerras eran como juegos florales; que arrancó a Valencia a los moros como si les arrancase una rosa...? ¿Y Navas de Tolosa, en que España y Portugal, ya conscientes de la fraternidad de su destino, se unie-

ron como dos hermanos para acometer a los musulmanes, bajo las órdenes del gran Jefe Eterno de la Península, bajo las órdenes de Dios?

¿Y la conquista de Sevilla, la gran favorita de los árabes, por Fernando el Santo, que ha sabido cristianizarla sin robar su perfume, flor sin pecado, pero siempre flor de amor?

¿Y la aparición excepcional de esa gran figura de Alfonso el Sabio, con sus monumentales Siete Partidas; figura de cristalería en la Catedral de la Cultura?

¿Y el segundo encuentro de España y Portugal, siempre bajo las órdenes de Dios, en la batalla del Salado, punto final de la Reconquista de España, exceptuando aún el paréntesis de Granada?

¿Y el casamiento simbólico de Isabel y Fernando, casamiento del Cielo y de la Tierra, del sueño y de la realidad; Isabel y Fernando, para quien Granada, tomada a los moros, fué la auténtica fruta de la felicidad, fruta profética del descubrimiento de América...?

¿No hay teatro, poesía heroica, y de la más bella, en ese maravilloso episodio, que parece inventado, creado por la imaginación de Dios; de la división del mundo en dos partes, como otra granada, por el Papa Alejandro VI, una entregada a España, otra a Portugal; granada mayor, granada suprema, granada que contenía como granos tantas razas, tantos pueblos, tantos hombres diferentes?

¿Y la aparición sobrenatural de ese Gran Capitán, heroico y sonriente, que vencía aún después de vencer, que hizo de su campaña de Italia al mismo tiempo un poema épico y lírico, una batalla de flores, después de cada batalla de lanzas y arcabuces?

¿Cómo dudar de la irrealidad real del imperio de Carlos V, presencia de España en Europa, en Africa, en América, en el Cielo y en la Tierra, Imperio de un hombre y de una nación, Imperio de Dios a través de un hombre y de una nación? Una vez más, en la vigencia y la opulencia de su imperio, España y Portugal han colaborado; porque si Carlos V era la fuerza y la tenacidad,

el sueño y la conquista, el gigante que casi tuvo el Globo en la mano, su mujer, nacida en Portugal, hija, pues, de nuestra Historia, era la feminidad, la gracia, el amor que siempre han templado su fuerza y su dureza. Y también fué en ese reinado que España y Portugal realizaron el acto más simbólico de su tarea común en el conocimiento de la tierra, en el definitivo conocimiento de su forma y sus límites, esa prodigiosa vuelta al mundo, empezada por el portugués Magallanes, aunque al servicio de España, y terminada por el español Sebastián Elcano; película que España y Portugal deben hacer unidos, pues es el más bello símbolo que la Historia nos ofrece de la hermandad de nuestros destinos en el descubrimiento del mundo. ¿Qué importan las intrigas del tiempo, las divergencias que pueda haber habido en ese momento entre españoles y portugueses? ¿Qué importa la vida de los hombres, si sólo nos interesa su respiración de dioses? La verdad, la indiscutible verdad, libre de todas sus materialidades, sus impurezas, es ésta: ¡La primera vuelta al mundo por el hombre, el primero *tour du propriétaire* (dispénsenme el francesismo expresivo), ha sido empezada por un portugués y terminada por un español!

¿Y Lepanto? ¿Y, finalmente, Lepanto, esa última cruzada contra los infieles, sancionada por el Papa y mandada por Don Juan de Austria y Don Alvaro de Bazán; la luna integral de nuestra espiritualidad contra las medias lunas turcas, donde el soldado Miguel de Cervantes, intérprete y cronista del alma de su Patria, perdió un brazo y ganó una lanza eterna, la lanza de Don Quijote?

Y pasemos ahora a la Historia de Portugal. Otro romance heroico, otro poema épico. No oigamos a aquellos historiadores demasiado severos, burócratas, que procuran desencantar nuestra Historia negando la autenticidad de los episodios que la iluminan. Vividos o no, repito, tales episodios pertenecen a la Historia de nuestra vida o, al menos, a la Historia de nuestra alma. Dejemos, pues, señoras y señores, al pastor Viriato en las cumbres y faldas de la Sierra de la Estrella lanzando las primeras piedras de la nacionalidad en las piedras que arrojaba a los romanos. No neguemos la aparición del Cristo a Don Alfonso Enríquez en la batalla

de Ourique; aparición exterior o interior, pero siempre intervención de la Fe, de Dios, en la construcción de la Patria. Dejemos a Egas Moniz, pies desnudos, cuerda al cuello, acompañado de su mujer y de sus hijos, a presentarse al Rey de León para entregarle su vida y la vida de los suyos en pago del juramento hecho y no cumplido por culpa de Don Alfonso Enríquez y de su amor a la Patria naciente. Episodios como ese, auténticos o poetizados, son profundamente verdaderos, porque son las primeras afirmaciones de nuestra palabra honrada, de nuestra lealtad.

Si hemos de creer que don Dinis ha sido uno de los primeros poetas portugueses y el primero que ha soñado con la aventura maravillosa de nuestras carabelas en el poema vegetal del Pinar de Leiria, ¿por qué no habremos de creer el milagro de las rosas de esa que fué su mujer, Santa Isabel?

Si no podemos dudar del amor de don Pedro por la Inés de los rubios cabellos, si aceptamos el principio del romance, ¿por qué no hemos de aceptar su continuación, la coronación de la amada después de muerta, sus funerales nocturnos a través del paisaje luctuoso, de Coimbra a Alcobaza, entre antorchas que herían la noche y la hacían llorar? ¿Será más real, más verosímil, la última frase del romance que se encuentra esculpida en los túmulos de Alcobaza, la palabra FIN (hasta el fin del mundo...) de ese amor infinito?

¿No parece un cuento de hadas la simple Historia de la «Inclita Geraçao, Altos Infantes», de los hijos de Don Juan? ¿Qué obra de teatro más impresionante, más dolorosa, que el martirio del Infante Santo, bandera humana de la Patria, que los moros rasgaron, pero no consiguieron arrancar de su asta?

¿Qué imaginación, por muy exuberante, podría haber concebido en el dominio mismo de la ficción lo que el Infante Don Enrique, arquitecto del Globo, ha conseguido realizar? ¡Cuadro central de nuestra Historia y de la Historia del mundo! En su roca de Sagres, oficina de la tierra naciente, donde había instalado su escuela de navegación, delante del Atlántico, ondulante pergamino, el Infante dicta lentamente, sueño a sueño, oración a oración,

a sus cartógrafos y matemáticos el mapa del Mundo... Jaime de Mallorca y sus compañeros van traduciendo en líneas precisas, definidas, los sueños del gran príncipe, sus miradas vagas, ansiosas, sobre el Atlántico. Mestre Pedro, el colorista, anima a su vez las cartas desplegadas sobre las mesas largas, con vivas indicaciones de la fauna y de la flora posibles en esas tierras posibles, pero aún sin descubrir. ¿Habrà salido Historia más bella de los labios de Scherezada? ¡Qué pobres, infantiles, mezquinas, resultan sus «Mil y una Noches!»

¿Y los viajes fantásticos de Pero da Covilhã y Alfonso de Páiva, especie de función mágica en numerosos cuadros, puesta en escena sobre el mismo Globo? ¿Y la llegada de los portugueses a Abisinia, el soñado reino de Preste Juan, tapiz deslumbrante que el Padre Francisco Alvarez ha tejido y fijado? ¿Y la llegada de los portugueses al Japón, donde quedaron para siempre dibujados, encantados, en las múltiples hojas de ese país-biombo? ¿Y la Embajada de Don Manuel al Papa León X, desfile de nuestro Imperio en las calles de Roma, con sus trescientos caballos relucientes de oro, goteando perlas, vestidos de brocado, con sus tambores y trompetas gritando nuestra gloria, con sus animales feroces: leones, elefantes, panteras, leopardos, subyugados, dominados, símbolos vivos de nuestras victorias y conquistas desde las islas palomas del Atlántico a los confines del Asia dormida?

¿Y el Imperio de Alfonso de Alburquerque, ese monumental y oloroso cofre de sándalo a rebosar de joyas, de maderas ricas, de especies de tejidos preciosos: lingotes de plata, de estaño y de oro de Sofía y de Sumatra; los cueros de Timor y de Katchí, el ébano, la laca, las sedas, los brocados, los rubíes, los diamantes de Kalchar, de Pegú; los tapices de Persia; la cera, la pimienta, la canela?

¿Y el descubrimiento del Brasil, el más bello canto de nuestro poema, la tierra luminosa, virginal, Cielo del Cielo, donde los portugueses se sintieron avergonzados al plantar su cruz de madera ante la cruz de estrellas de su firmamento, tierra fecunda, infinita, tierra natal de la propia Tierra?

¿Dónde está la ficción, dónde está la realidad? ¿Cuál es la diferencia entre la leyenda y la Historia? Pueden los hombres haber sido movidos, algunas veces, por la ambición, por la codicia, por el hambre de oro. Pero ni por eso han dejado de hacer poesía, abriendo nuevos horizontes a la imaginación humana. El propio declinar de nuestra aventura, el sol poniente de Alcazarquivir, la arrancada de Don Sebastián, «el Rey de la mañana», como le bautizó D'Anunzio en una interviú que me concedió en Fiume, tiene algo de irreal, de poesía delirante, de simple aventura de la imaginación.

¿Y cómo explicar, finalmente, el milagro de Camoens, el milagro de «Os Lusíadas», nuestra Historia cantante, donde la Realidad y la Ficción nos aparecen en el mismo tejido, en el mismo brocado? ¿Qué otra nación en el mundo, a no ser España con Cervantes, consiguió tan impresionante similitud entre su Historia y su Literatura? ¿Dónde existe otro poeta con su vida *por el Mundo «en pedaças repartida»*, vida admirablemente plasmada en el mágico poema cinematográfico que ahora veremos, cantos de su propia epopeya humana, que ha vivido algunas de las aventuras de su poema integradas dentro del ambiente de los capítulos esenciales de la Historia de su país? ¿Cuál es más real? ¿La Inés de Castro de nuestras crónicas, o la linda Inés «posta em sossego», del poeta Camoens? ¿El verdadero Cabo de las Tormentas, o la pesadilla del Adasmator? ¿El viaje de Vasco de Gama que la Historia nos cuenta, o aquella que Luis de Camoens nos canta? ¿Cómo se puede, entonces, dudar de la fraternidad que liga nuestra Historia a la Poesía, tal como pasa a la Historia y la Poesía de España? «Os Lusíadas» deshacen todas las posibles dudas sobre esa espiritual fraternidad, pues pueden considerarse la eterna constitución de nuestra alma, el gran código de la sensibilidad portuguesa.

Camoens y Cervantes son, por tanto, las dos grandes figuras histórico-literarias de Portugal y de España, los dos grandes heraldos de nuestras almas, los dos heroicos abanderados de nuestra sensibilidad. Camoens es el soldado de Ceuta y de la India, soldado de la conquista del mundo, del mundo portugués. Cervantes

es el soldado de Lepanto, un soldado de la conquista del Cielo, ese Cielo cristiano que los turcos todavía amenazaban. Camoens ha perdido en una refriega contra los moros uno de sus ojos de poeta vidente. Cervantes, en la batalla de Lepanto contra otros infieles, ha perdido uno de sus brazos de escritor-guerrero. Camoens definió, fijó en «Os Lusíadas» la eternidad de su raza, la eternidad de Portugal. Cervantes definió, fijó en el «Don Quijote» el sueño eterno de su pueblo, su caballerosidad, que supera todas las realidades, capaz de salir de la tierra para socorrer a los ángeles.

Singular afinidad en los destinos de Camoens y Cervantes, que han escrito sus vidas y la vida física y espiritual de sus patrias al mismo tiempo con su espada y su pluma, no llegando a saberse cuándo su espada es pluma o cuándo su pluma es espada. Son así las grandes figuras de una raza o de una nación que no reflejase solamente la grandeza de sus razas, porque son también los conservadores y hasta los autores de esa grandeza. Sin Cervantes, sin Camoens, España y Portugal no habrían poseído, tal vez, tan viva la conciencia de su grandeza, la presencia de su pasado, la certeza de su presente, la fe en su futuro. Figuras como éstas trascienden su destino de hombres, quedan ligadas indisolublemente a la soberanía de sus países, valen como provincias, constituyen territorio nacional; son los guardianes de sus fronteras espirituales, de sus límites o de su infinito.